

me lleve si el señor Josué no es uno de los treinta mil judiazos que hay en *Amsterdam*: esa *u* se me hace muy sospechosa; milagro será que este hombre sea cristiano.»

Así era efectivamente, según después se aclaró, lo cual dió motivo á graciosas contestaciones entre él y Tirabeque.

En esto el terreno se iba elevando, encontrábanse ya montañas formales, y entramos en un *tunnel* ó camino subterráneo como de unos tres cuartos de legua. — ¿Qué le parece á Vd. de esta oscuridad, señor Josué? preguntó Tirabeque al mercader israelita. — ¡Oh! es espantosa, le respondió: es una lobreguez terrible. — Pues mire Vd., añadió Tirabeque; así tienen Vds. que quedarse los que esperan el Mesías, tan á buenas noches como estamos ahora. Yo le apreté un pellizco por correctivo de su imprudencia, pero él léjos de callar, «sí, señor, prosiguió, aunque el amo me pellizque, así tienen Vds. que quedarse los judíos.»

De este modo, poco mas ó ménos, fuimos continuando nuestra jornada, hasta llegar á *Aix-la-Chapelle*, última ciudad de Alemania por aquella parte, ó sea la primera entrando desde España por las fronteras de la Bélgica. Tomámos nuestro *ómnibus*, y nos dirigimos al gran hotel del *Dragon de oro*. Almorzámos, y salimos por la ciudad á practicar nuestra visita de ordenanza.

AIX-LA-CHAPELLE.

Los duendes.

El *cicerone* de *Aix-la-Chapelle* (ó *Aquisgran* como en español decimos) habia sido sargento del ejército de Napoleón, y habia hecho la guerra en España por cuatro ó cinco años. Mucho se alegró él cuando supo que éramos españoles, pero mas nos alegrámos nosotros cuando comenzó á hablarnos en español, aunque tan magullado como se deja suponer en quien habia aprendido el idioma de los alojamientos, y aun este mismo hacia treinta años justos que no le usaba.

Tal era sin embargo el hambre que traíamos de oír hablar nuestra lengua nativa, que al pronto nos pareció haber topado con un Cervántes ó un Rioja. Pero no tardó en pesarnos del hallazgo. Verdadero tipo del hombre-pelma, parábase á cada paso á referirnos sus azares de campaña, y á informarnos de cuantas vicisitudes generales y particulares habia experimentado en la guer-

ra. — Bonita ciudad es *Aix-la-Chapelle*, le decia yo: hermosos edificios son los de este pueblo. — Sí, señores, el caserío es hermoso. En Talavera sali yo herido en esta pierna: ¡oh! mi regimiento se batió allí con bizarría. — ¿Qué poblacion tendrá la ciudad? — La ciudad tiene unos 40,000 habitantes. En la batalla de los Arapiles caí yo prisionero, y fui canjeado en Badajoz. — Lo creo muy bien. Pero dígame Vd., ¿qué edificio es este? — Esta es la casa de Ayuntamiento; después subiremos á ella, y enseñaré á Vds. grandes cosas. — ¿Y esta estatua que hay en medio de la plaza? — Esa es la estatua de Carlo-Magno: reparad á sus dos lados dos viejas águilas de bronce con sus plumas negras y herizadas. Ya sabréis que son las armas de Prusia. Señores, en Ocaña volví á salir herido en este brazo: mirad, aun se conoce la cicatriz. ¡Pero qué buen vino bebimos en Ocaña! ¡Oh! buen vino; soberbio; ¡diablo, qué vino tan famoso! — Diablo que cargue con tu estampa, sinapismo de Barrabas, exclamó Tirabeque. Ande Vd. con mil pares de canarios, y explíquenos las cosas de la ciudad, y déjenos de batallas y de historias, que no hemos venido aquí á eso. — Perdon, señores; sigan Vds. por aquí, y ahora les contaré una de las historias mas curiosas de *Aix-la-Chapelle*.

Continuámos pues hasta una calle estrecha. — Esta es, nos dijo, el *Hinzen-Geeschen*. — ¿Y qué significa el *Hinzen-Geeschen*? — Significa..... ¡oh diablo! ¿cómo se llama en español una *ruelle* ó *petite rue*? — Será una *callejuela*. — Eso, sí señor, esta es la *callejuela de los duendes*. — ¡Hola! ¿hay *duendes* por aquí? — Escuchad, os referiré una crónica divertida.

«Había antiguamente en el país del Limbourg unos inmensos subterráneos, á cuyas extremidades nadie se habia atrevido á llegar. En estas cuevas, que de día parecia estar desiertas, se reunia desde el anochecer una tropa de *duendes*, que se pasaban la noche en alegres comilonas, cantando en una lengua desconocida, y echando buenos trinquis en unas copas de oro, cuyo choque imitaba perfectamente el sonido de una campanilla. Una noche sucedió que cierto pastor á quien se le habia extraviado un becerrillo, oyendo el ruido de la cueva penetró en el subterráneo, creyendo que el sonido que percibía era de la campanilla de su becerro. Entra, y se halla con la familia de los *duendes* que bebían, cantaban y jugaban alegremente. Retirase el pastor sin ser sentido, y se encamina apresuradamente á contar á su confesor la escena de los diablillos que acababa de presenciar. El confesor era un

severo fraile que no amaba los *clubs*, ni le gustaban las reuniones clandestinas, ni estaba por otras fiestas que las autorizadas por el calendario romano.

« El buen padre determina desalojar de aquel sitio á los diablejos. Al efecto reúne todo el clero que puede, y á su cabeza se dirige en procesion al subterráneo; levanta sobre él un altar, celebra una misa, y reza los exorcismos. Los pobres duendes huyen amedrentados, y trasladan su domicilio á otro subterráneo que habia entre la puerta de Colonia y la de Sand-Kaul; pero los pobrecitos no tuvieron tiempo para recoger y llevarse consigo el rico menaje de su antigua morada, de suerte que se encontraron sin su vajilla de plata y sin sus timbales de oro. Cada vez que tenian que celebrar su orgia, acudian á las casas de las calles vecinas en busca de candeleros, vasos, fuentes, cacerolas y demas aprestos de una mesa. Entraban por las chimeneas, y arramblando estrepitosamente con los utensilios de que habian menester, los llevaban á su cueva, se servian de ellos, y al dia siguiente ántes de amanecer los volvian á colocar á las puertas de sus respectivas casas. »

Demasiado buenos eran esos duendes, interrumpió Pelegrin, ya me contentara yo con que los duendes de dos piés que andan por ciertas tierras, tuvieran la buena costumbre de restituir como los duendes de Alemania. — Suplicote, Pelegrin, le dije, que no cortes el hilo de la historia: tiempo tendrás de comentarla.

« Los inquilinos de la calle (prosiguió el guia) llegaron á convencerse de que les traia mas cuenta, cada vez que el ruido de la batería de cocina, ó el relincho de los caballos, ó el chisporroteo del fuego les anunciaba que era noche de fiesta para los tragos, sacar por sí mismos á la puerta de la calle los utensilios que los nocturnos visitantes domiciliarios tenian costumbre de entrar á buscar. Hiciéronlo así: los duendes agradecidos no volvieron á incomodarlos, y los vecinos lograron por este medio dormir con tranquilidad.

» Sucedió pues que una noche se alojaron dos soldados valentones en el hotel ó fonda *del Salvaje*, situada en la *Callejuela de los duendes*; y habiendo encontrado al patron limpiando cuidadosamente el tren de cocina, y observando que luego que le tenia reluciente y brillante lo sacaba al umbral de la puerta, le preguntaron el objeto de aquella maniobra; informóles el patron de todo; y los soldados que era gente que ni en Dios creia, cuanto mas en diablos ni Martinillos, le dijeron con arrogancia: « patron, vuelva, vuelva Vd. á poner en su sitio la batería de cocina,

que nosotros estaremos á la puerta, y cuando vengan los señores duendes, voto al infierno que en lugar de cazuelas y platos se han de encontrar con dos espadas bien afiladas: deje Vd. á los duendes de nuestro cargo. » Y así lo hicieron, sin que fueran bastante á desanimarlos las tímidas reflexiones del patron.

» Púsose este á observar y escuchar detras de la puerta. Á la média noche oyó á los soldados conversar amigablemente: á las dos de la mañana les oyó hablar en alta voz, en seguida trabarse en disputas, luego cruzarse los aceros, y por último sucedió repentinamente un silencio profundo. Tan pronto como fué de dia salió el patron lleno de curiosidad, y halló á los soldados muertos, atravesados con sus mismas espadas. Nadie dudó que la catástrofe habia sido obra de los malditos duendes. La noticia de esta aventura llegó á oídos del mencionado fraile, el cual resolvió decididamente arrojar los duendes de la ciudad, como ántes los habia arrojado de los subterráneos del castillo de Emmaburch. En su consecuencia bajó á la caverna de la torre, provisto de agua bendita y armado de hisopo; exorcizó de nuevo á los revoltosos duendes, y desde entónces emigraron sus señorías de la calle y de la ciudad, donde hasta la fecha no han vuelto. Pero desde aquella época le quedó á la calle el nombre de *Hinzen-Geeschen*, ó *Callejuela de los duendes*. »

Reimos los dos viajeros de la anécdota duendil, y nos convencimos cada vez mas de que la Alemania era el país de las leyendas raras y de las tradiciones extravagantes, no pudiendo comprender como en un reino tan civilizado, tan adelantado en las ciencias y en las artes, se conservaban consejas tan antiguas y relaciones tan inverosímiles, y no pudiendo explicarlo sino por la regla de los vice-versas.

Otros duendecillos de otra casta.

Érase un magnífico salon; Magnífico con *M* grande; todo de piedra, con elegantes é historiadas molduras, relieves, tarjetas, rosetones, cornisamentos y todo género de adorno; que nada le hacia falta para ser magnífico al salon á que nos condujo despues nuestro guia *Ricken*. — « Y bien, ¿dónde nos lleváis ahora? le habíamos preguntado al subir por la anchurosa escalera. — Ahora (respondió) vais á ver un buen salon habitado por otra casta de *duendes*. — ¿Pero le habitan en la actualidad? — Si, en la actualidad, dijo sonriéndose. — Es que en ese caso yo no entro, repuso

súbitamente Pelegrin. — ¡ Oh! no hay cuidado : guardáos solamente de caer en tentacion de jugar con ellos. »

Al tiempo de entrar oímos sonar mucho dinero. « ¡ Hola! exclamó Pelegrin, estos deben ser duendes ricos. Entremos, mi amo, que puede que algo se nos pegue, porque los duendes suelen ser muy manirosos, y así lo desperdician como lo ganan. »

Sorprendidos nos quedámos al ver en el salon como unos 80 caballeros colocados en derredor de dos grandes mesas, tan entretenidos y abismados en su ocupacion, que ni se apercebieron de nuestra entrada. — ¡ Toma, toma! exclamó mi lego : ¡ no están malos duendes, voto á mi santo hábito! Estos juegan á la ruleta, y estos otros al treinta y cuarenta! ¡ poder de Dios, y qué de dinero anda por el corro! ¡ qué de oro y qué de plata! Señor, las monedas de cinco francos son las mas pequeñas que andan en juego. Diga Vd., señor *Ricken*; ¿y no hay en todo *Aix-la-Chapelle* una autoridad que venga á echar el copo á esta gente con un par de alguaciles que los metan en chirona? — Al contrario, respondió; este juego está consentido y aun autorizado por el gobierno; y sueldo del gobierno gozan los empleados, como el cajero, el contador, el banquero y otros : la municipalidad tiene tambien aquí su intervencion. — ¿Se burla Vd., señor sargento herido? — ¡ Cómo burlarme! Aun os diré mas. El curso del juego está abierto desde 1º de Mayo hasta 31 de Diciembre, y se tienen por reglamento tres lecciones diarias. Es decir, desde que se abre la matrícula hay seis horas de aula cada dia, repartidas en tres periodos. Ved si los alumnos pueden salir instruidos en esta útil ciencia. Pero á los habitantes de la ciudad les está prohibido jugar; solo se les permite el último dia. El fondo diario es solo de 30 mil francos; es la mayor cantidad que cada dia se puede perder. — Pues entónces, exclamó Tirabeque, ya veo yo que es un juego religiosito. — Sin embargo, replicó el guia, muchas familias se han arruinado. — Eso no lo puedo creer, repuso Tirabeque; ¿qué son 30,000 francos cada dia?

— ¡ Oh, señores! prosiguió *Mr. Ricken* como trayendo algo á la memoria : ahora recuerdo que hay aquí dos compatriotas de Vds. — ¡ Dos españoles! — Sí, dos españoles. Ved allí el uno; el otro.... el otro.... ¿ dónde está el otro? pues ellos no suelen faltar á todas las sesiones : ha, vedle aquí; el que está enganchando aquellas monedas de oro con la regata. Ni el uno ni el otro se apercebieron de nosotros : estaban tan embebidos, que ni veían ni oían. Pero despues tuvimos ocasion de conocerlos y tratarlos : ambos

estaban en nuestro mismo hotel, y comíamos juntos á la mesa redonda. Entrámos como paisanos en explicaciones amistosas, y resultó que el uno llevaba seis años y el otro tres de residencia en *Aix-la-Chapelle*, dedicados exclusivamente á la ocupacion del juego. ¡ Y luego dirán los enemigos de nuestras instituciones que no tenemos representantes en Alemania, y que están interceptadas las relaciones políticas entre la España y la Prusia!

Procurámos informarnos como era que el gobierno prusiano permitia y aun autorizaba el juego de azar en *Aix-la-Chapelle*, hasta el punto de haberlo reglamentado; y se nos dijo que habia empezado por tolerarle como una distraccion necesaria al sin número de extranjeros que cada año concurren á pasar la estacion del verano á las orillas del *Rin*, y habia concluido por hacerle una especie de curso académico con sus correspondientes reglamentos y constituciones. Tirabeque quedó encantado del nuevo ramo de ilustracion que habian introducido los extranjeros, y no se olvidó él nunca del gran salon de *Aix-la-Chapelle* destinado á los duendes jugadores, ni de la carrera científica que habian ido á seguir allí nuestros dos compatriotas.

Pasámos por la hermosísima rotonda destinada á los celebrados baños minerales y sulfurosos de *Aix*, descubiertos por Carlo-Magno : probámos sus aguas calientes, y tan desagradables como todas las aguas minerales; visitámos sus lindos cuartos de descanso; y luego nos fuimos á buscar el nuestro al hotel, sin ver mas por aquel dia, pues aunque habia teatro, la compañía era alemana y no nos divertia ya gran cosa ver, oír, y no entender.

El célebre relicario.

Al otro dia salimos temprano á visitar la catedral. — Señores, nos decia *Ricken* en el camino, hoy van Vds. á ver cosas buenas. Señores, en Castilla la Vieja, en una villa que llaman.... ¿cómo se llama aquella villa? Ha, Villadolit; allí comí yo un pan exquisito : ¡ oh! exquisito pan! Y despues cuando entré en Madrid con el rey Joseph, que entónces iba yo todavía herido.... — La lástima es que has sanado, maldito, murmuró por lo bajo Tirabeque. — ¿Qué decia Vd., signor? — Nada, nada, que haga Vd. el favor de no pararse, porque tengo gana de ver esas grandes cosas que tiene Vd. que enseñarnos hoy. — Oh, sí, váis á ver un tesoro de reliquias el mas rico del mundo. — Pues bien, hágame Vd. la gracia de no pararse para decirlo, y vamos allá.

Llegámos á la célebre catedral de Carlo-Magno. Entrámos en ella : el templo es pequeño, pero de un gusto muy extraño, y de una arquitectura singular. Su figura es un octógono; en medio de su pavimento hallámos una gran lápida colosal con esta sencilla inscripcion : « CARLO-MAGNO. » Habia mucha gente arrodillada, al parecer rezando con devocion : nosotros imitámos su santo ejemplo ; pero no tardó el guía en indicarnos por una seña, que acudiéramos á un rinconcito donde nos aguardaba. Fuimos allá : « ¡ Oh diablo ! nos dijo : otros extranjeros no se ponen á rezar como Vds. Escuchen : debajo de aquella lápida, en una gran cueva cuyo pavimento era de oro, y cuyas paredes estaban tapizadas con banderas y estandartes, se hallaba el cadáver del Carlo-Magno, emperador de Alemania, y fundador de esta iglesia, sentado en un sillón de mármol cubierto con láminas de oro, con su corona en la cabeza, teniendo por remate una cruz tambien de oro, en una mano el globo y el libro de los Evangelios, y en otra la espada. Todo esto lo descubrió el rey Othon III, haciendo cavar debajo de ese sarcófago. Las prendas sirvieron despues para la coronacion de otros emperadores, pero con motivo de las revoluciones han ido desapareciendo todas, ménos el trono ó sillón. ¿ Queréis verle ? — ¡ Pues no hemos de querer ! con mucho gusto. »

Avisó á un sacristan, el cual nos condujo al primer piso por una escalera de piedra. « He aquí, (nos dijo) el *Hochmünster*, es decir, el famoso trono, de que tanto hablan las crónicas, y en que estaba sentado el emperador Carlo-Magno en su tumba, y en el cual, en memoria de este hecho, se sentaban despues los emperadores el dia de su coronacion. » Tirabeque que estaba acostumbrado á sentarse en el trono de Luis Felipe (1), y en cuantos habia encontrado ocasion, con toda libertad y desembarazo hizo ademán tambien de ir á reposar sus asentaderas en el de Carlo-Magno. — ¿ Qué vais á hacer ? le preguntó conteniéndole el sacristan. — ¿ Qué habia de ir á hacer ? sentarme. — ¡ Oh ! perdonad ; eso es imposible : el mismo emperador Napoleon no se atrevió á sentarse en este trono : y un dia que la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, se hizo abrir las puertas, y aprovechando la soledad se sentó en el *Hochmünster*, á poco rato se oyó un espantoso grito, se acudió á ver lo que era..... la princesa se habia desmayado : el viejo emperador Carlo-Magno se le habia aparecido, y le habia dicho cosas terribles con una voz espantosa reprendiéndole su te-

(1) Tomo primero, página 151.

meridad. — Pues señor, repuso mi buen lego, si tales cosas suceden, renuncio á sentarme.

Pero luego acercándose á mi el sacristan, me dijo al oído : « No creáis nada de esto ; se cuentan una porcion de consejas por este estilo para mantener la veneracion : si queréis sentaros, haced que baje *Mr. Ricken*, y os daré este gusto por cinco francos, seguro de que no os habréis de accidentar. — Contad con ellos, le dije, (no atreviéndome á regatearle el precio como Alejandro Dumas). *Mr. Ricken*, tomaos la molestia de ir bajando, que allá vamos nosotros. »

Bajó el guía ; nos quedámos solos ; anticipé los cinco francos al sacristan, y uno tras otro tuvimos Fr. Gerundio y Tirabeque el gusto de sentarnos en el venerable y misterioso trono de Carlo-Magno, sin que el viejo emperador se encontrase de humor de aparecérsenos, y sin que por ello hasta la fecha hayámos experimentado contratiempo alguno.

Bajámos, y despidiéndose contento el sacristan, se nos encomendó á una especie de bedel ó pertiguero encargado de enseñar las demas reliquias. — « Señores, ¿ venis á ver las santas reliquias ? — Sí, señor. — ¿ Sabéis ya que cuesta siete francos ? — Que cueste setenta, replicó enfadadamente Pelegrin : los españoles no reparámos en bagatelas. ¿ Hay muchas que ver ? — ¡ Oh ! es un tesoro el que posee esta iglesia. Tenemos el ceñidor de Nuestro Señor Jesucristo ; una parte de las cuerdas con que fué atado á la columna ; un fragmento de uno de los clavos de la cruz ; un pedazo de la esponja que se empapó en hiel y vinagre, y una astilla de la vara con que fué azotado.

» Y tenemos tambien el cinturón de la Virgen, el brazo sobre que el gran sacerdote Simeon llevó al niño Jesus, la cabeza de San Atanasio, la sangre y los huesos de San Estéban protomártir, sobre los cuales prestaban juramento los reyes de los romanos, un anillo de la cadena que llevaba San Pedro en la prision, un poco de aceite de Santa Catalina..... ¡ Oh ! tenemos tantas preciosidades..... — Siga Vd., siga Vd., hermano, que por lo que veo háy aquí reliquias de todos los santos y santas de la corte celestial.

» Tenemos tambien (prosiguió), cabellos de san Juan Bautista, fragmentos de la vara de Aaron, tenemos tambien maná del desierto, y hemos rescatado las tres reliquias que el emperador llevaba siempre colgadas al cuello y se habian extraviado en el sepulcro. — ¡ Hola ! ¿ y qué era lo que llevaba por collar el señor emperador ? — Las tres reliquias son : un vaso de cristal que en-

cierra cabellos de la Virgen, un pedazo de la verdadera cruz, y la tercera su retrato pintado por san Lúcas..... — ¿Con que san Lúcas era pintor, he? — Si que lo era; como que retrató al emperador. — ¿Y cómo lo retrató? ¿al daguerrotipo? — ¡Oh! vos os burláis, pero no por eso es ménos cierto. Y os he de enseñar además la cabeza y un brazo del mismo Carlo-Magno, y aun el cuerno de caza del emperador. — ¿Con qué hasta cuernos tenéis por reliquias? — Ahora os burláis, pero venid conmigo, y os enseñaré aun mas de las que he enumerado. Me parece que os he dicho que cuesta siete francos. — Y yo tambien le he dicho á Vd. que mas que cueste setenta: ¡haya cosa! — Bien, si os empeñáis en darme setenta, no me opondré á ello. — Parece Vd. bobo y no lo es, señor peluca; tome, tome Vd. ocho francos, vuélvame Vd. uno, y vamos andando, que basta de conversacion. »

Procedimos pues á la revista del relicario; el ciudadano Pincerna tocaba, empuñaba, manoseaba las santas reliquias ni mas ni ménos que pudiera manosear un bodigo en la mesa de su casa. Nosotros, por si eran ó no verdaderas, fuimos imprimiendo un ósculo en cada una muy devotamente, de lo cual mostraba cierta extrañeza el bedel, como quien no estaba acostumbrado á ver en otros curiosos tan religiosas demostraciones. — Y bien, le pregunté yo; ¿no podréis decirme cómo ha venido aquí tan rico tesoro de reliquias? — Unas, me respondió, le fueron enviadas al emperador por Juan, Patriarca de Jerusalem; otras, le fueron regaladas por Aaron, rey de Persia; otras le vinieron de Constantinopla, y otras en fin, dé los Santos Lugares.

« Hasta ahora, señores (continuó), vos no habéis visto mas que las pequeñas reliquias. — ¿Cómo es eso? ¿hay otras reliquias mas grandes? — Ciertamente. — ¿Y por qué no nos las ha enseñado Vd., señor sacristan, ó racionero, ó lo que Vd. sea? ¿Ó espera Vd. que le demos otros catorce francos por ver las grandes? — Perdon, señores, las grandes reliquias no se enseñan sino cada siete años: en el intermedio no se pueden manifestar sino á los reyes y testas coronadas. — Pues bien, aquí hay una testa coronada (y señalaba Tirabeque á mí). — Perdon mil veces; yo no sabía que este caballero fuera algun príncipe. — Príncipe no es, no señor; pero aunque ahora trae la testa sin corona, allá en España miéntras estuvo en el claustro, pocas coronas habia mas grandes que la suya. — Segun eso, Monsieur ha sido monje. — Fraile, fraile. — Es igual para mí. Pues sabed que yo os enseñaría de buena gana las grandes reliquias por los catorce francos que

habéis dicho, aunque es verdad que nos está prohibido; pero es lo peor de todo que no tengo yo las llaves: ¡son tan desconfiados estos canónigos! — ¿Qué tal, mi amo? me dijo Tirabeque en español: ¿se explica, se explica el hermano reliquero, he?

— Al ménos, le dije yo, nos podréis decir en qué consisten las grandes reliquias.

— Ah, sí, yo lo haré de buen grado. Las grandes reliquias son las siguientes: el vestido que tenia puesto la Virgen cuando nació el niño Dios; las mantillas que envolvieron al Salvador en la cuna; el paño sobre que fué decapitado el Bautista; y el lienzo que ciñó al Redentor en la cruz. Cada una de estas reliquias está empaquetada en una pieza de seda. ¡Cuánto siento no tener las llaves para enseñáros las!

En fin, visto lo que podíamos ver, é informados de lo invisible, nos despedimos atentamente del pertiguero, y salimos muy complacidos de la visita al famoso relicario de *Aix-la-Chapelle* (1).

Treinta y siete emperadores y dos célebres paces.

« Ahora, señores, (nos dijo el *domestique* al salir de la catedral), voy á tener el honor de llevaros donde ántes os dije, al palacio municipal. Os habéis de alegrar mucho de ver la casa de villa, porque ella encierra grandes recuerdos, y mas para los españoles: ¡oh, los españoles! ¿Sabéis que me acuerdo yo mucho de los españoles? ¡Sevilla, Sevilla! En Sevilla estuve yo en el año de 1812: buenos olivos; ¡oh! sí, buenos olivos; y mucho buen vino tambien. — Tambien, sí señor, pero dígamelo Vd. andando, que no estamos para perder tiempo. — ¡Caramba! los españoles sois Vds. muy vivos. — No, que tendremos la flema de los alemanes, y seremos tan pelmazos como Vd. »

Llegámos á la gran plaza donde está la casa de ayuntamiento, alta de tres pisos, imponente y severa en su exterior, decorada con las viejas águilas prusianas, y flanqueada de dos torres, la llamada del *Mercado*, y la nombrada de *Granus*, el romano. Desde la escalera empezaron á presentárenos recuerdos españoles. En un gran cuadro estaba representado Carlos IV (no de Borbon) dando los privilegios á los magistrados de la ciudad, todos vestidos

(1) Lo mismo con corta diferencia parece que le pasó á Dumas en la catedral de *Aix-la-Chapelle*. — *Excursions sur les Bords du Rhin*, tom. 2.